

# El Panorama universal

AÑO IV.

DOMINGO 11 DE MAYO DE 1862.

NUM. 151.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Vista de la Puebla de los Angeles, en el camino de Veracruz á Méjico.—La fragata Blanca, de 37 cañones y fuerza de 360 caballos.—Cañon del sistema

Armstrong.—Molde para fundir los proyectiles del sistema Armstrong.—Municiones para el cañon, sistema Armstrong, de 100 libras.

Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—Fabricacion de los cañones Armstrong.—Estudios filosóficos.—Ideas.—El naufrago.—Novela.

## CRONICA DE LA SEMANA.

### EXTERIOR.

El regreso á París del General M. de Goyon, resignando durante su ausencia el mando del Ejército de ocupacion de Roma al General Hugues, ha dado lugar á reproducirse los comentarios que anteriormente se hicieron, cuando se habló de sus desavenencias con M. de Lavalette.

Créese que este regreso es la señal de un cambio de la politica francesa en Italia, cambio que se efectuará con toda lentitud, con toda circunspeccion, pero que en último resultado será cambio y producirá las consecuencias de tal.

El cuerpo legislativo ha vuelto por fin á entrar en el terreno de las discusiones importantes, es decir, de las que versan sobre asuntos de interés general.

Los 400,000 hombres pedidos por el Gobierno para el reemplazo del Ejército, suscitaron graves debates por la oposicion que hicieron al proyecto, primero M. de la Tour y luego M. Henon. Ambos oradores insistieron con toda viveza en la necesidad de reducir el Ejército, segun lo acon-

sejan las razones económicas y políticas que adujeron. La Francia, en concepto de M. Henon, da, por decirlo así, la regla á las demás naciones del número de fuerzas que debe estar sobre las armas, y les marca la actitud que deben tener. Estas consideraciones, imponen al Imperio la obligacion de dar en estos momentos la señal de reducir fuerzas, que no habiendo temores de que la paz que disfruta pueda ser turbada, no pueden menos de pecar de exajeracion.

Tales son en resumen los principales argumentos en que el precitado orador fundó su discurso, y que en su conjunto parecen incontrastables; mas cuando del vago campo

de las generalidades se desciende á los hechos prácticos; cuando se considera el modo con que las potencias alemanas se preparan á imitar el ejemplo de la primera reduccion de de Ejército intentada por la Francia, pierden aquellos argumentos mucho de su importante gravedad. Otro orador, M. Nogent Saint Laurent, defendió el proyecto, pronunciando un discurso en que la gloria desempeñó el principal papel. La Francia, dijo, es generosa; sus Ejércitos están en China, en Méjico, en Roma, diseminados por todas partes. La Francia ama la gloria, no conviene cercenar su presupuesto de gloria; no se le debe impedir el que adquiera gloria, etc. Tal vez esta palabra, tan frecuentemente repetida, no hubiera servido de grande apoyo á su discurso si no lo hubiese terminado con un rasgo que, conmoviendo á la Cámara, arrancó la aprobacion del proyecto. Puesto que se ha hablado de Inglaterra..... dijo M. Nogent, ¿prefeririais, señores, el que en nuestra marcha política procediésemos como esa nacion?

Esas palabras influyeron decisivamente en el ánimo de la Cámara, y el proyecto quedó aprobado en su totalidad.

En Inglaterra las cuestiones políticas han cedido el campo por algunos dias á las gratas impresiones que ha producido la solemne apertura de la esposicion universal, realizada con toda pompa el 2 del actual. Nada en realidad se ha echado de menos en esa grande y verdadera solemnidad.

En Inglaterra las cuestiones políticas han cedido el campo por algunos dias á las gratas impresiones que ha producido la solemne apertura de la esposicion universal, realizada con toda pompa el 2 del actual. Nada en realidad se ha echado de menos en esa grande y verdadera solemnidad.



Vista de la Puebla de los Angeles, en el camino de Veracruz á Méjico.

T. IV.

19



dad de los pueblos y de la civilización mas que la falta de asistencia del que concibió tan grandiosa idea, y la de la Reina, que sumergida en luto, lamenta todavía fuera de la capital la irreparable pérdida de aquel su tan amado esposo.

Segun noticias de Nápoles, S. M. el Rey Victor Manuel no desperdicia ocasión de presentarse al público de aquella ciudad, ni el público economiza aplausos ni ovaciones. Los actos régios parecen encaminarse á merecer estas ovaciones; pues al decreto de amnistía, dado en favor de la prensa y la Guardia nacional, se ha seguido una orden disponiendo sacar á su costa del Monte de Piedad todos los objetos que esten empeñados en menos de cuatro ducados.

De Milan dicen que los soldados del antiguo Ejército napolitano que estaban acuartelados en San Ambrosio habían formado el proyecto de insurreccionarse y formar guerrillas en la Lombardia. La Autoridad, advertida con anticipación, ha podido adoptar disposiciones y les ha quitado los puñales y pistolas de que secretamente se habían armado. Otro complot por el estilo se había fraguado en Monza, y se había instituido una comisión militar para la indagación judicial de estos sucesos, que en ninguna parte habían conseguido turbar el orden.

Se observa que las guerrillas reaccionarias que siguen siempre vagando por las provincias napolitanas, se van acercando en estos momentos á las fronteras romanas.

Las noticias de Grecia, relativas al 25 del próximo pasado, son las siguientes:

El Gobierno inglés no ha querido recibir en las islas Jónicas á los emigrados de Nauplia, 19 Jefes y 100 soldados. El Capitan del buque francés la *Eumenide*, no quiso admitirlos á bordo, en tanto que no se presentaran desarmados, y por consiguiente se vieron en la precisión de arrojar al mar sus armas. Los 400 insurrectos que se quedaron en la ciudad han sido conducidos hácia Tirinto, en donde acampan provisionalmente 150 presidiarios internados.

El Ministro de la Guerra llegó á Nauplia; halló las fortificaciones en muy mal estado y el arsenal enteramente vacío. Treinta mil fusiles de percusión que allí existían han desaparecido. Se dice que por un acta que lleva la firma del Jefe de la insurrección se demuestra que el país no ha querido asociarse al movimiento.

Con fecha 20 de abril dan de Ragusa noticias acerca del combate ocurrido dos días en Zuba. Luca Vonkalovic se hallaba con algunos centenares de partidarios en Ubli, y su Ayudante de campo y Consejero íntimo, Scheggia, acababa de ser arrestado y conducido á Cetigne por orden del Príncipe Nicolás. Trebiño se ve asolado por el tifus que hace verdaderos estragos entre la tropa.

En el combate del desfiladero de Douga la victoria parece, segun el *Wanderer*, completa para los montenegrinos; pues la pérdida de los turcos se calcula en unos 2,781 muertos. A esto hay que añadir todo el convoy de provisiones, 485 caballos, 91 buyes, muchas municiones, dos piezas de artillería, 2,509 fusiles á la Minié y siete acémilas cargadas de oro y plata para la guarnición y habitantes de Niksik. Esta victoria ha contribuido á propagar la insurrección.

Dice el *Correo de los Estados-Unidos*:

No es posible todavía apreciar los resultados de la batalla de Pittsburg, en la que hablando con toda propiedad no ha habido victoria para ninguna de las partes beligerantes. El cuerpo de Ejército que mandaba Grant ha efectuado su reunión con las tropas que operaban en el Kentucky.

Desmientese la muerte de Beauregard, que segun relación de un viajero digno de crédito, había sido visto metido ya en el féretro, con su correspondiente epitafio en letras mayúsculas.

El *Merrimac*, despues de haber permanecido encallado gran parte del día durante la baja marea, entró, por último, en Norfolk, en cuyas aguas no se veía ningún buque de guerra virginiano.

#### INTERIOR.

La *Crónica de Nueva-York* da la triste noticia de la primera pérdida que tenemos que lamentar en la expedición de

Méjico, y es la distinguida persona de un Oficial de cazadores de Isabel II, sorprendido por una guerrilla mejicana, capturado por medio de un lazo é inhumanamente decapitado.

Muy grato nos sería que semejante noticia fuese no menos falsa que otras anteriormente publicadas por los diarios de los Estados-Unidos, siquiera para no tener que considerar como poseídos de tan bárbara ferocidad, á los que estando próximos á chocar en franca lid con nuestros soldados nos habíamos acostumbrado á mirar como no merecedores de los terribles dictados de que desgraciadamente comprendemos de que son dignos si es cierto ese asesinato.

El *Moniteur* publica una correspondencia que daría nuevo realce á la barbarie que desgraciadamente domina en aquella anárquica república, si no la espesara bastante la funesta noticia que acabamos de dar. Hé aquí lo que dice el *Moniteur*.

«El modo con que trata Juárez á los extranjeros residentes en Méjico; los actos arbitrarios y violentos que se suceden uno y otro día, dan fuerza á nuestra creencia. La lista de nuestras ofensas aumenta aun á presencia misma de las fuerzas enviadas para exigir una reparación y á consecuencia de la anarquía que reina en aquel desdichado país, y no es posible calcular los escesos á que puede entregarse un poder que vé cercana su caída.

El General Almonte, que desembarcó hace tres semanas en Veracruz, se dirigió á Córdoba al mismo tiempo que un batallón francés. La llegada de este ha excitado la animosidad del partido exaltado, y el asesinato jurídico del General Robles, fusilado el 25 de marzo, ha respondido de un modo sangriento á la demanda de una amnistía política que los plenipotenciarios han puesto siempre como condición primera de toda negociación.

El General Robles era una de las personas mas consideradas en Méjico por la lealtad de su carácter y la elevación de su alma, y su muerte ha indignado á los moderados de todos los matices. Cogido por un destacamento del Ejército del General Zaragoza, fué fusilado á las treinta y seis horas por el solo crimen de haber querido ponerse en relación con los plenipotenciarios aliados en interés de su país.

Para acabar de dar á este acto sanguinario su verdadero carácter, el General Zaragoza notificó al Almirante Jurien la orden que tenía de prender al General Almonte y á las personas que le acompañaban, y con arreglo á esta orden intimaba en términos ofensivos y perentorios al Comandante del primer batallón de cazadores de á pié, acampado en Córdoba, que le entregase dichas personas; lo que equivalía á enviarlas al patíbulo.

Semejante demanda fué rechazada, como debía serlo. El Comandante declaró que las personas que se hallaban en su campamento estaban bajo la protección del pabellón francés, y que sabría hacerlas respetar en caso necesario. Esta respuesta fué terminantemente aprobada por el Almirante Jurien, quien anunció al mismo tiempo al Gobierno mejicano que desde 1.º de abril las tropas se retirarían de las posiciones que tomaron á la firma de los preliminares, y que quedarían en libertad de acción, marchando próximamente sobre Méjico si la situación no se modificaba.»

El mismo periódico da cuenta de la situación de los expedicionarios en esta forma:

«*Tehuacan* 29 de marzo.—El cuerpo expedicionario francés que salió de la Tejería, donde se encontraba en el momento de la firma del convenio de Soledad, llegó despues de diez y siete días de marcha á Tehuacan, pequeña ciudad de 5,000 almas, situada en el territorio de Orizaba en una posición elevada y sana. Mientras que las tropas francesas se instalaban en ella, las españolas se detenían en Orizaba, punto elegido para la apertura de las negociaciones entre los plenipotenciarios de las potencias aliadas y los comisarios mejicanos; pero en vista de los sucesos ocurridos despues de la firma de los preliminares, no se cree ya en la posibilidad de una solución pacífica.»

En la *Gaceta* se publica el parte oficial de la entrega de Tetuan en estos términos:

«Cuerpo de ocupación de Tetuan.—Estado Mayor.—Excmo. Sr.: Ayer á las diez recibí aviso del Califa Muley-el-Abbas de haber llegado á Puente-Buceja, y de que seguidamente se trasladaba á la colina del Cañon, punto designado

para nuestra entrevista, á fin de acordar la hora, modo y forma de entrar en la plaza, acto que se verificó á las once y media. El Príncipe se ha manifestado, como siempre, propicio á satisfacer los deseos de nuestra augusta Reina, reconocido en un todo á sus bondades y al modo con que han sido tratados los habitantes de esta plaza durante la ocupación, quedando en proteger, con arreglo á la recomendación que le hice, tanto á las familias de los españoles que se quedan, como á los moros y hebreos que nos han prestado servicios, y que temían por esta circunstancia ser perseguidos y maltratados por sus compatriotas.

Los habitantes de esta plaza bendicen la mano bienhechora que les entrega medios para reparar en lo posible la falta de maderamen en sus casas, así como el Comisario de las fuerzas marroquies Ouda, agradece en nombre de su Gobierno la entrega que se le ha hecho del utensilio que había en las guardias de la plaza, de bien insignificante valor para nosotros, pero muy grande para ellos.

En fin, Excmo. Sr., el nombre español, puedo asegurarlo á V. E., es respetado y querido en un país que ha sido siempre nuestro mortal enemigo, y no dudo que en nuestras relaciones comerciales con el Imperio llegaremos á alcanzar la legítima influencia á que por nuestra posición estamos llamados.

F. M.

#### FABRICACION DE LOS CAÑONES DE ARMSTRONG.

Acabamos de dar cuenta en el anterior número de una prodigiosa construcción marítima que, sin arboladura y con un solo cañon, provoca victoriosamente combate contra una nave armada de coraza y provista de numerosa artillería. ¿Cuál deberá ser la potencia de aquella terrible pieza? ¿Qué ingenioso sistema será el que preside á su construcción?

Vamos á verlo en los artículos que en este y en los números próximos daremos sucesivamente.

Los cañones de este sistema se componen de barras de hierro fundido, arrolladas á manera de aros ó círculos, que se sueldan entre sí, se perforan á torno, y reciben la forma de un cañon estrechando el uno sobre el otro y disponiéndolos de manera que tengan la suficiente fuerza en las diferentes partes de la longitud de la pieza.

Fácil es comprender que el objeto de arrollar de este modo las barras, es utilizar la fibra del hierro en la forma mas adecuada á la fabricación del cañon.

Este, merced al procedimiento indicado, adquiere toda la fuerza posible. La resistencia del hierro que al efecto se emplea es grande, y la natural elasticidad que le da el arrollado, le añade una fuerza adicional, en virtud de la que resiste los poderosos esfuerzos que los cañones de este género están destinados á sufrir.

La primera operación es la de soldar ó unir las barras de hierro, tales como proceden de las fábricas, en las longitudes adecuadas á los varios diámetros de los aros. Estas barras son de la mejor clase de hierro, y su longitud es próximamente de 50 piés. El corte de ellas es casi cuadrado, y su espesor corresponde á las dimensiones de los aros respectivos.

El martillo que se emplea para soldar las barras con arreglo á las longitudes que se requiere, es de diez quintales de peso y á propósito para descargar rápidos y vigorosos golpes; pero al mismo tiempo el hombre que lo maneja puede calcular la fuerza y la celeridad del golpe por medio de una simple palanca unida á la válvula de vapor. Las estremidades de las barras que deben unirse, se someten desde luego á la acción de este martillo antes de procederse á la soldadura.

Acto continuo se meten en un horno situado detrás del martillo y elevado á la temperatura que se necesita para la operación de soldar, y se unen sobre un yunque. La barra es manejada por tres hombres situados á la izquierda, mientras que otro en primer término sostiene el instrumento que sirve para aplanar las estremidades de aquella, y sobre el cual descarga acelerados golpes el martillo, que completa pronto la operación de que hablamos.

Cuando la barra tiene la longitud que se necesita para el arrollado, sus estremidades van adquiriendo bajo la presión del mismo martillo, la forma de un cono largo y liso, á fin



de formar los pliegues espirales de la operacion de unir. Sacando luego la barra, las estremidades de los aros salen de la máquina perfectamente cuadradas, y así no se hace un gasto inútil de material.

La longitud de las barras para los diferentes aros, varía desde 12 á 100 pies.

La segunda operacion es la muy interesante de unir las barras. Consiste en calentarlas y arrollarlas sobre el cilindro de una máquina de gran potencia. Al efecto se emplea un horno largo y estrecho, provisto de dos rejillas á un lado de su longitud, y que recibe el calor que le comunica el combustible que arde en ellas; uno de sus extremos tiene una puerta movable, al paso que la otra comunica con la chimenea. Inmediata y delante de la boca está fija una fuerte armazon de hierro llamada *máquina de arrollar*, en la cual se halla el cilindro de que hemos hecho mencion. Sobre la misma armazon, entre el cilindro y el horno, se ven dos cilindros mas pequeños destinados á sostener la barra á su paso desde el horno, á fin de que resulte sólida y uniformemente arrollada. Las proporciones del cilindro guardan siempre relacion con el diámetro del rollo que debe formarse, y gira pausadamente por medio de un poderoso mecanismo.

Describamos ahora la operacion del arrollado.

Un operario abre la ancha boca de tan formidable horno. El hombre situado delante de la máquina ase la estremidad de la barra sobre la cual se va á trabajar con unas largas tenazas y la saca de su lecho de fuego para colocarla en el lado derecho de la máquina. La estremidad de la barra ha sido encorvada de antemano hasta el mayor grado posible, y tiene un agujero á fin de poder colgarla en un clavo saliente colocado en la estremidad del cilindro de arrollar.

En seguida se pone en movimiento aquel poderoso mecanismo, y la pesada barra se plega alrededor del cilindro con la misma facilidad con que puede arrollarse una hebra de hilo alrededor de un dedo. El operario situado á la izquierda usa una especie de ariete, con el cual golpea de tiempo en tiempo la barra á fin de hacer que cada pliegue pequeño del rollo se adapte exactamente al otro. El operario, situado en frente de él, maneja otro instrumento destinado á sujetar la barra al otro extremo del horno, á proporcion que va aumentando la estension del rollo. Cuando este se levanta la barra descansa en el costado derecho del horno; pero durante este tiempo la operacion prosigue gradualmente y se verifica en el costado izquierdo; pero con el objeto de evitar que la barra ruede sobre sí misma, se la sujeta con el instrumento de que hemos hecho mencion. Despues que la barra está completamente arrollada sepárase el cilindro de la fuerza motriz, y unido á su rollo se desprende de la máquina por medio de una polea inmediata. Suspenso entonces en la misma bastan algunos martillazos para desasir de él al rollo, que entonces cae al suelo.

Cuando la operacion marcha con todo el vigor de que es susceptible, la máquina de que se trata puede hacer mas de veinte arrollados diarios, lo que equivale á tres ó cuatro cañones.

Las dos operaciones que acabamos de describir se ejecutan en un espacioso taller en que hay dos grandes martillos de tres á cuatro toneladas de peso, que se usan especialmente para trabajar los objetos mas pesados, como los muñones de las piezas de artillería que se hacen de gruesas planchas de hierro. Allí se practican tambien las junturas de los aros mas largos, despues de salir de la máquina destinada al efecto. Este mismo departamento contiene además poderosos aparatos para cortar los remates de los aros despues de haber sido soldados entre sí, y otras diferentes máquinas para la fabricacion de cañones. Algunas de ellas llevan dos, y otras cuatro objetos á la vez, y todas son de superior calidad.

La fuerza motriz consiste en dos máquinas horizontales de vapor de una fuerza de 30 caballos próximamente; están colocadas en la opuesta estremidad del edificio, é imprimen movimiento las varias filas de manubrios que impulsan aquel poderoso mecanismo. Los aparatos y martillos se mueven por la fuerza del vapor, que procede de dos calderas ordinarias y de ocho verticales.

Estas no son ni mas ni menos que unas calderas horizontales colocadas á cierta distancia, y cuyos tubos obran á manera de chimeneas sobre los hornos.

Cuatro de estos están afectos á cada martillo, y así ellos como las calderas pueden separarse prontamente de las restantes, á fin de hacer posible las reparaciones en los hornillos, pues á consecuencia del extraordinario calor que tienen que sufrir tales operaciones son con frecuencia indispensables.

Además de todo esto hay numerosas forjas, diferentes máquinas y muchos martillos pequeños que convierten aquellas dependencias en una escena de sombría actividad y estrépito. El ruido de los martillos, el estruendo de aquella vasta y complicadísima maquinaria, el aspecto imponente de aquellos enormes hornos abiertos, y las masas de hierro elevadas á las temperaturas del calor blanco y rojo que de ellos se estraen, deben parecer al que por primera vez contempla semejante cuadro una escena interminable de confusion. No obstante todos los que en ella toman parte trabajan con arreglo á la mas metódica direccion y en el orden mas perfecto.

El resto de la operacion prosigue en otro departamento contiguo al que acabamos de describir.

El aro, tal como lo dejamos en la última operacion, pasa luego á un horno de reberbero, donde recibe en breve el calor necesario para la soldadura. Sacase entonces en una especie de barreño de hierro, y convenientemente dispuesto se coloca sobre un yunque. Recibe en esta situacion dos ó tres fuertes martillazos en su estremidad; hácese despues girar sobre sí mismo, y mientras se vuelve pausadamente por el operario que empuña la palanca, baja sobre él el martillo que sirve para darle una forma exactamente cilíndrica. En la otra estremidad se repite la misma operacion hasta que vuelve á su posicion primitiva, y entre tanto el martillo lo percute alrededor como antes hasta que queda perfectamente soldado en todas sus junturas. El chorro de agua que cae sobre el aro tiene por objeto limpiarlo de toda escama ó aspereza, poniendo á la vista los defectos que pueda tener, en cuyo caso es indispensable someterlo de nuevo á la accion del fuego. La forja de que hablamos contiene ocho martillos movidos por el vapor y del peso de 15 quintales á dos toneladas, bajo las cuales se sueldan los aros de menores dimensiones. El estampado y demás operaciones concernientes á un cañon se verifican tambien con la ayuda de los mismos martillos. Además de ellos hay en esta forja uno de tres y otro de seis toneladas de peso, introducidos recientemente, los cuales se emplean para los trabajos mas pesados de la fabricacion de piezas de artillería. En este departamento fué donde se trabajaron los obuses de Lancaster, y la mayor parte de aquellos martillos se emplearon en su fabricacion, aunque posteriormente se destinaron para trabajos menos pesados relativos á los cañones de Armstrong.

S. C.

## ESTUDIO FILOSÓFICO.

### ESCELENCIA DEL TRABAJO.

Muy corriente, generalizada y admitida anda la siguiente frase:

EL VERDADERO RICO ES EL QUE CARECE DE NECESIDADES.

Como consecuencia de tan desacertada idea, la imaginacion estraviada se complace en forjarse mil estravagantes ilusiones sobre lo venturosa que debe ser la existencia del salvaje y del idiota, que son los que menos cuidados tienen á que atender.

Magnífico debe ser, segun ellos, eso de andar en cueros, con la piel curtida, y acostumbrada lo mismo á los verticales rayos del sol, como á las heladas ventiscas de los polos; los pies descalzos y callosos no sienten el agudo filo de los duros pedernales; la idea de mañana no viene á turbar el abandono de hoy. Mientras haya caza en los bosques, pesca en los rios y fruta silvestre en las campiñas, no faltará el necesario alimento. ¡Adios las ciencias, las artes, la literatura, el comercio! ¿Qué han proporcionado tantos estudios á la sociedad? ¡Misericordia! Casas llenas de molicie, que nos roban la energía; buques rápidos y espaciosos, que nos lanzan intranquitos lejos de nuestros hogares; nivelados caminos, que nos arrancan nuestras producciones; manjares apáticos que estragan el paladar, acostumbrándole al deleite;

refinamiento en las concepciones del alma, que nos torna desgraciados con la meditacion; suavidad en las costumbres....

¿Cuánto mejor sería ignorar todas esas cosas para no desearlas, escusándonos así el trabajo necesario para conseguirlas? ¡Feliz el hombre montaraz! Él no discurre, *no se afana* tanto como nosotros.

Y añaden en seguida mil delirios, que son las variaciones obligadas sobre el mismo tema.

Errores tan crasos parece á primera vista que no merecen refutarse; pero su misma falsedad es la poderosa causa de su vulgar aceptacion entre los infinitos entendimientos que, aunque de claro ingenio se hallen dotados, tienen pereza para discurrir y reciben sin exámen y con cariño todo lo que á la pereza tiende y á la holganza.

Admitida la funesta premisa, el bello ideal de la humanidad consistiría en ser un salvaje reclinado á la sombra de los plátanos ó cocoteros y sobre las márgenes de un cristalino rio.

No deja de alcanzársenos en el momento en que escribimos estas mal perjeñadas reflexiones, que muchos de los que las lean, así pensarán en darnos la razon como en sacudir su indolencia, si es que esta misma les ha permitido llegar sin dormirse hasta las presentes líneas.

Suponiendo tan improbable y última maravilla, todavía la empresa de llevar el convencimiento á razones preparadas en contra es un poco difícil y espinoso; bien que la verdad felizmente tiene espeditos muchos caminos para mostrarse seductora y bella con sus propios encantos, á través de las mas hondas y arraigadas prevenciones.

A la fuerza de la razon todo cede; y la lógica, única ciencia pura (1), pues todas las demás de ella participan; la lógica ha dictado reglas convincentes y tan seguras en contra del error, que producen en el alma el mismo efecto que causa á los ojos una demostracion gráfica.

Penetrados intimamente de que el sentimiento repulsivo al trabajo es el primordial, el que preside, el que estravía á los que tan equivocadamente discurren, vamos á fijarnos muy principalmente en probar que el figurarse *menos afanes* en el hombre bárbaro que en el civilizado, no pasa de una aberracion, una quimera.

Discurramos.

Todo trabajo es producto de una fuerza puesta en actividad.

Las fuerzas físicas, ejercitadas, crecen, y fuera de uso, languidecen.

Los salvajes son forzudos.

Luego los salvajes ejercitan sus fuerzas; luego *trabajan*.

¿Y á quién puede quedarle duda á poco que reflexione?

¿Se concibe un estado en el cual el hombre no tenga alguna *necesidad*?

Los medios de satisfacerlas, por pequeñas que sean, ¿no están menos espeditos y regularizados en la ignorancia?

El salvaje que *necesita* fuego, tiene que ir al bosque, su-

bir á los árboles, desgajar las ramas, trasportarlas, frotarlas fuertemente. ¿Y con qué auxilio? Con el de sus manos.

El salvaje que *necesita* alimentarse, tiene que perseguir á los animales encima de las cordilleras y debajo de las aguas.

El salvaje que *necesita* vivir, tiene que luchar con las bestias feroces ó evitarlas; tiene que combatir á sus mismos hermanos, ansiosos de devorarle en nefando festin y de aumentar sus trofeos con una cabellera mas.

El salvaje, pues, no solo *trabaja* para vivir, sino que físicamente trabaja mucho, muchísimo en comparacion del hombre civilizado.

Pasemos al exámen de las labores intelectuales, dando principio con un silogismo vulgar, que se pone como primer ejemplo en las aulas.

Todos los hombres son racionales:

El salvaje es hombre;

Luego el salvaje es racional.

Y una vez admitida tan clara consecuencia, podrá procurarnos una premisa para el siguiente argumento.

A menor ilustracion, mayor trabajo para la razon:

El salvaje *raciocina* sin ilustracion.

Luego el salvaje *raciocina* con mucho trabajo.

(1) Alguno puede que nos critique por no denominar *arte* á la lógica, sino *ciencia*. No es este el oportuno momento de explicar por qué así lo hacemos.



Esta conclusion, evidente é incontrovertible, es fácil de deducir por simple observacion.

El hombre acostumbrado á discurrir en cualquier ramo del saber, emprende y logra progresos en otras materias distintas y que nunca ha visto, solo porque su razon está trabajada, está mas perfeccionada, mas limada por la actividad á que se ha entregado preventivamente.

Los adelantos del pensamiento se hacen mas patentes, mas grandes y mas rápidos á medida que este avanza en la esfera de las concepciones; la armonía de la naturaleza, en sus infinitos modos de ser y de presentarse, llega á descórrer una punta de su misterioso velo, manifestándole alguna

vez la senda de inescrutables arcanos. Entonces el génio se crea.

Hasta aquel momento no ha sido mas que la oruga, de donde habia de salir la argentada mariposa, vivificada con el calor de la ciencia y del saber.

Los mismos fenómenos que la fisica ha estudiado en la dilatacion de los metales, tienen lugar en la dilatacion de los entendimientos.

Sométese el duro y utilísimo hierro á los poderosos esfuerzos del calorífico, y permanece compacto aumentando de volumen; crece el fuego, y hay un período en que el metal no varía, en que no absorbe otro calorífico que el latente, el

necesario para preparar la trasformacion; mas fuego, y el hierro corre líquido por los moldes salpicando la atmósfera con sus brillantes óxidos.

La comparacion puede aplicarse punto por punto á los adelantos del alma.

Sométese á la accion del estudio, y la razon crece, muy despacio al principio y rápidamente despues; llega ocasion en que la imaginacion se oscurece, la razon se ahoga; entonces no adelanta en conocimientos: ordena, sistematiza, recapitula, compara, recibe *ciencia latente*; y una vez admitida la bastante, se trasforma y vuela por la región de los génios eminentes, aspirando los suaves perfumes de las flo-



La fragata «Blanca» de 37 cañones y fuerza de 360 caballos.

(Copiada de una fotografía.)

res de la ciencia no tocadas aun por las profanadoras manos de la multitud.

¿Qué estudio dilatará, pues, la razon del salvaje?

¿Cuán erradas no serán sus concepciones?

¿Con qué trabajo no discurrirá cuando forzosamente *ne-cesite* discurrir?

¿En dónde está ese soñado *dolce far niente* que nos pretende seducir hasta el punto de hacernos renegar de los mismos bienes emanados de la civilizacion?

No ha sido nunca ni será patrocinado tal pensamiento por la trabajadora é inteligente porcion del género humano que ha sabido valerse de sus luces adquiridas para conservar ó mejorar su posicion, llenando la Iglesia de virtuosos y dignos sacerdotes, el Ejército de buenos militares, el foro de ilustres abogados, la industria de científicos directores, y todas las carreras, ciencias, artes y oficios de laboriosos obreros.

No han sido esos, no, los que tal pensamiento pueden

haber imaginado, sino los seres descontentadizos y ociosos que constituyen el semillero de los modernos Tántalos de la civilizacion.

El Capitan de infantería,  
SERAFIN OLABE.

## IDEAS.

### I.

(Gloria del varon artístico y científico.)

Los fervorosos y afortunados grandes sacerdotes de Talía, Clio, Caliope, Urania, Polimnia, Melpómene, Erato, Euterpe y Terpsícore; esas nueve diosas de la comedia, de la historia, de la elocuencia, de la astronomía, de la retórica, de la tragedia, de la poesía lírica, del baile y de la música, los hombres privilegiados dedicados al culto de esas bellas ale-

gorias creadas por la humana naturaleza, á no dudar, toman todos su papel por lo sério; y sin embargo, si ellos penetrasen bien la cuestion de sus privilegios, como juzgasen las cosas de la vida bajo el punto de vista verdadero y único, entonces no podrian tropezarse mutuamente, ni mirarse sin echarse á reir como los payasos romanos. Y si bien se considera, al pensar en la duracion efimera de las ventajas que proporcionan las ciencias y las artes, considerando la fragilidad de aquellas cosas que llamamos fortaleza, virtud y vicio, es muy difícil no caer en una especie de escepticismo. ¿Es verosímil que se espere un bienestar y vanagloria de algunos favores, de algunos triunfos alcanzados, tan cortos y pasajeros que menos de dos generaciones bastan para borrarlos?...

Sin embargo, no es una razon, por frágil que sea la existencia de los seres y frivolas las cosas, para que uno tenga patente de poder desdeñar los honores que algunos les tributen. Y si bien el cultivo de las artes y de las ciencias, so-

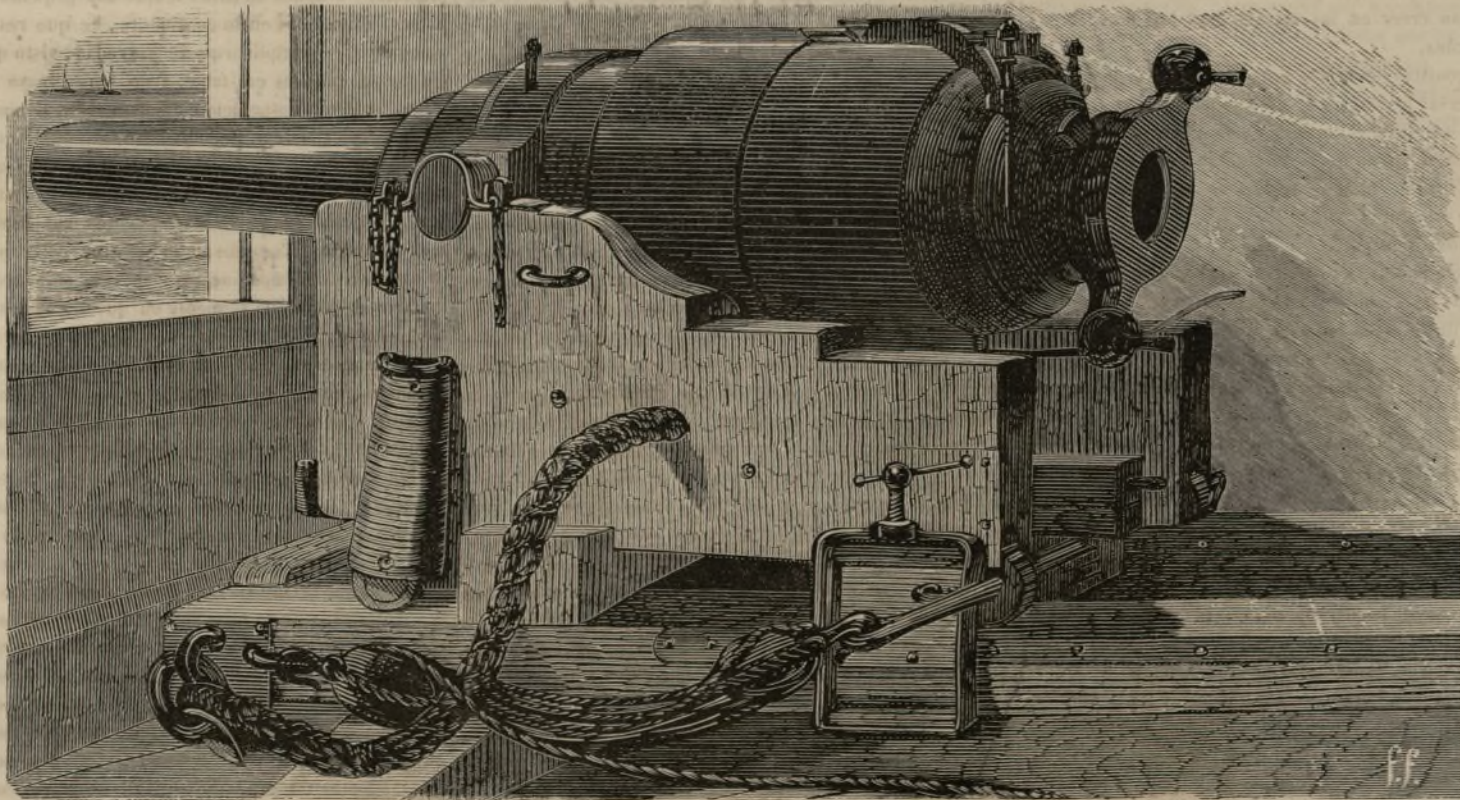


lamente es favorable á un reducido número de elegidos, hay varones entre ese pequeño número merecedores de que la dicha corone sus esfuerzos, y para quienes el éxito es glorioso. A estos, con justicia debe tolerárseles que saboreen las delicias siquiera efímeras de su triunfo. Mas aun: ¡permítaseles además creer en la inmortalidad de su gloria tan bien adquirida!

Mas la Fama, que los paganos hicieron mensajera de Júpiter, proclama tantas notabilidades apócrifas ó usurpadas, que los contados como verdaderamente acreedores se hallarian poco honrados en la confusion de la mezcla...

La historia, la poesía, la pintura, la estatuaria, la música, la filosofía; todos los ramos calificados del saber humano ven nacer y acrecerse para su cultivo ambiciones sin límites,

ora legítimas, ora presuntuosas, acertadas, afortunadas ó frustradas. No creais que la generalidad de los hombres que han logrado dar esplendor á sus nombres se satisfagan con saborear las fruiciones de su celebridad en vida. ¡No! Cuando su cabeza se cubre de la blanca nieve de los años; cuando empieza á acometerles la decrepitud, entonces recojen todas sus fuerzas de espíritu y entendimiento á fin de hacerlos con-



Cañon del sistema Armstrong. (Véase pág. 146.)

cebir una suprema creacion, á saber: la de su estatua para la posteridad. Aquellos varones á quienes tributamos el título de *grandes*, son afanosos por querer saber qué figura representarán en las futuras edades; y súbense con anticipacion sobre el pedestal que se han erigido, como si dijieran: «Estamos sobre el edificio de nuestras obras, y nuestros nombres están inscritos con letras de oro en el Panteon.»

¡Hagámonos cargo al fin y al cabo, que tanto en las doctas asambleas como en los campos de batalla, la gloria se reduce á un poco de humo que sube en espirales mas ó menos grandes, pero desvaneciéndose en el aire!

## II.

(Sobre el teatro.)

Reprodúcese en miniatura en el teatro las similitudes y los contrastes; viene á ser una especie de animado kaleidoscopio, por do pasan consecutivamente analizadas las fuerzas convencionales y las numerosas debilidades de la humanidad. Pénsanse en balanzas de la fantasía los vicios y las virtudes. En ese estadio, donde se exhibe el *sobre poco mas ó menos* de la vida real (por ser á veces la verdad desnuda de una fealdad demasiado pronunciada), tanto intérpretes como compositores estraen sus recursos en los acontecimientos de la vida del momento, y se aplican á pintar con propiedad caracteres y fisonomías de una fraccion social. Todos esos panorámicos puntos de vista, todos esos juegos de mimica y de inflexiones vocales que nos complacemos en ver y oír sobre un escenario cualquiera, son espectáculos que no nos faltan nunca, delante, contiguo, y en derredor nuestro en el círculo social donde reside el hogar de nuestros intereses; y con frecuencia nosotros mismos nos libramos á pantomimas y locuciones de la índole correspondiente á los cómicos que, destinados á divertirnos, imitan nuestros mismos defectos.



Molde para fundir los proyectiles del sistema Armstrong.

El teatro, á nuestro modo de ver, se divide en dos secciones bien distintas: la ópera y el baile; luego la tragedia, comedia y drama. La ópera y el bailable gustan á los *dilettanti*, á los sibaritas, de los cuales de los primeros aman el deleite embriagador en que les sepulta el hechizo irresistible de la música; y los segundos, las composiciones coreográficas, poderosos incentivos del sensualismo. Despertados y avivados los sentidos por los múltiples acentos espresivos de una *partitura*, hállanse en plena dilatacion y voluptuoso éxtasis, despues de que varias bayaderas en trajes de silfides, hadas, ninfas y huries, en la aritmética ejecucion han lanzado sus

recursos de seduccion en medio de actitudes, gestos, sonrisas y miradas ardientes; entonces los espectadores aficionados... nadan en una atmósfera abrasada, que, ayudada por la imaginacion, parece impregnada de los mas suaves perfumes de la Arabia feliz. Delicias son que enervan las constituciones físicas de las personas; cuyas inteligencias ofuscan al mismo tiempo, efecto de la influencia nociva siempre del exceso de la exaltacion.

La segunda seccion, de la cual de intento escluiremos la *tragedia*, composicion de una edad veneranda, pero que gusta muy poco en el dia, comprende la comedia y el drama, de los que diremos algunas palabras, descartando tambien la *zarzuela* por no merecer fijar seriamente la atencion.

El drama es una accion modelada sobre el prosaismo de la vida familiar, sacando partido siempre de la alegría y del dolor, del vicio y de las lágrimas. Las obras de Shakespeare en si reasumen el drama moderno. El desenfadado amor, el odio, los besos embriagadores, los hechizos tenebrosos, la sed de la vida, los horrores de la nada; la muerte por el hierro, el veneno y el arma de fuego; los sótanos, las torturas, fueron, y aun son por la mayor parte, los materiales que sirven á esa confeccion, que sacude á veces las trabas de las reglas, abrazando varias épocas por medio de un prólogo y de un epílogo. Los desenlaces, bien sean peripecias ó catástrofes, vienen á ser punto final de escenas agitadoras y cuyo carácter activo conmueve el corazon y el alma. «El drama, decia Napoleon I, es la comedia de las camareras.»

La comedia, cuya creacion es debida á los griegos, posee méritos menos contrastables. Accion graciosa, festiva sátira de costumbres, pintura jocosa de debilidades humanas.

Lo cómico, natural y de buen gusto debe constituir el único elemento de esa obra teatral, evitando con cuidado



los chistes chavacanesco. Hemos concluido con el teatro, pasemos á otra idea.

## III.

(Sobre el lujo.)

Hubo un tiempo en que una famosa actriz se ataviaba con gusto y sencillez, no contando mas que con su talento para continuar mereciendo el aplauso público; mas hoy día es secundario el talento comparado con un lujosísimo atavío. Y el público perdona además mucho cuando se le deslumbra con la magnificencia del aparato escénico y las decoraciones, con profusión de flores y de luces, y una exajeración de pedrerías y de diamantes que parecen cosa de encantamientos y os hagan creer en las maravillosas imágenes de las *Mil y una noches*.

Los antagonistas del lujo le acusan de sembrar la corrupción, de enervar los cuerpos, de empobrecer los entendimientos y de marchitar el corazón, como si opinasen con Juan Jacobo Rousseau, quien no se contentaba con decir que la felicidad y virtud del hombre residía en el estado salvaje, sino en el de orangután.

¡Ayudadnos á sentir!...

Sin el lujo que vituperan algunos (que no pae-len gastarlo), ¿qué sería del comercio y de la industria, que deben la mayor parte de su estension á la prodigalidad de los Lúculos y de los sibaritas de la sociedad? Detractores del lujo, mas ambiciosos que desinteresados, mas celosos que sensibles. ¿Podemos llegar todos á ser ricos? ¿Por ventura no llegamos á la muerte, lo mismo el que carece de todo, como aquel que disfruta de cuanto proporciona á la existencia mayores goces y deleites? El pobre muere casi sin pesar; mientras que el rico, no siendo filósofo como Zenon ó Epicuro, abandona este mundo con el sentimiento de ver todos sus bienes impotentes para eximirlo del fallo supremo. Visítad los osarios, ó mejor las necrópolis, y os persuadiréis una vez para siempre del testimonio patente del gran nivelamiento del género humano, única igualdad contra la cual no prevalecerán jamás los esfuerzos de los poderosos de la vida general ó parcial.

## IV.

(Cróquis apoloético de la mujer.)

La mujer en todos tiempos fué blanco de la cólera y de las investigaciones tiránicas del hombre, el cual se ha imaginado muchas veces que solo habían ellas sido creadas para darle gusto y servir esclusiva y despóticamente á sus placeres, sin otra mision.

La condicion de las mujeres consiste en ser halagadas con toda clase de lisonjas ó heridas de mil desprecios, ó bien se aman, y si no, se las odia...

Es menester, á fuer de imparciales, tener bien presente que han florecido mujeres, y existen, cuyo valor, talento y elevado entendimiento ha presentado un reto á la estraña fatuidad del hombre de espada, de arte y de ciencia.

Sin contar las Amazonas, que fueron las mujeres guerreras de la Grecia, y que soportaban heroicamente la operacion de perder el seno derecho con el objeto de manejar mejor las armas, nombraremos sin orden cronológico ni de naciones á mujeres que en la guerra han sabido adquirir fama por su bravura.

Semíramis, Reina de Asiria, acaudilló personalmente sus Ejércitos en las conquistas de Etiopia y de la India. En el siglo xv Margarita de Anjou, que llegó á ser Reina de Inglaterra por su casamiento con Enrique VI de Lancaster, presentó diez batallas por salvar á su esposo, fué la famosa guerra de la Rosa rosa y la Rosa blanca, que tuvo lugar entre las casas rivales de York y de Lancaster; la virtuosa y valiente Condesa de Monforte en Bretaña combatió por mar y tierra, conquistándose una reputacion de gran Capitana: Juana de Arco, la doncella de Orleans, conquistó á Talbot, General inglés, arrostró mil peligros en las batallas, hizo ungir en Reims á Carlos VII, cuyos enemigos espulsó; fué vendida por unos caballeros franceses en Compiègne y quemada viva en Rouen. En 1692 Mlle. de la Charce, de la casa de la Torre del Pino, desplegó gran valor en ciertas contiendas, etc.

No se crea que no hayan existido tambien mujeres célebres en las artes y en las letras.

Mme. de Sevigné ha dejado cartas inmortales en la coleccion de *Correspondencia epistolar con Mme. de Grignon*,

hija suya. Mme. de Stael, esposa de un caballero sueco, é hija de Necker, quien de mancebo de mostrador llegó á ser Ministro, fué una publicista francesa muy distinguida.

La historia se halla llena de ejemplos que atestiguan que las mujeres son aptas para poder gobernar un pueblo en condiciones convenientes. Isabel la Católica ha merecido aplausos de la posteridad por la acogida que deparó á Cristóbal Colon, que pasaba por un loco; como tambien Elisabeth de Inglaterra cuando socorrió á Enrique IV con su dinero y soldados, llevando su cetro con audacia y talento.

Fuera cosa de nunca acabar si nos dejásemos llevar del deseo de desarrollar el hermoso tema concerniente á la mujer, compañera del hombre para quien sin ella careceria de encantos el mundo.

PEDRO DE PRADO Y TORRES.

## EL NAUFRAGO DEL RIFF.

Escóndese en el azaroso valle de la vida un abrojo tras cada flor, y un precipicio bajo el manto de césped mas frondoso. ¡Feliz el hombre que logra atravesarlo sin haber experimentado en su rápido viaje por él mas sensaciones dolorosas que las punzadas de los abrojos! Son pequeñas heridas del corazón, que el tiempo cura con el bálsamo del olvido; pero ¡ay del que guiado por una estrella traidora viene á dar, cuando menos lo espera, en el fondo de alguno de los precipicios! La caída será mortal, y ningún poder humano conseguirá ya extirpar las úlceras del alma: escitadas estas por la amargura y el sufrimiento, se convertirán muy pronto en un cáncer roedor que, apoderándose de la materia, por fuerte y vigorosa que sea, la tornarán en débil y enfermiza. Las horas del placer y del contento abandonan entonces al infeliz viajero del valle que se arrastra hasta su término con el dolor por cicero, y la religion por Cirineo.... Triste y funesta verdad es esta que todos comprenden, porque en todas partes existen seres que llevan marcado en su frente el sello del infortunio, ocasionado por uno de esos golpes terribles, cuyo único remedio Dios posee. Aquí tambien, en este vetusto y reducido fortín español, levantado por el orgullo nacional de nuestros abuelos en las costas africanas; aquí, donde la existencia se desliza entre la pereza y el hastío, y la costumbre de ver padecer embota la sensibilidad mas esquisita, hay todavía quien nos hace fijar la atencion por su deplorable estado, y derramar una lágrima de dolor.... El joven y simpático Subteniente de infantería D. Joaquín Vidal y Brenda, con cuya amistad nos honramos, merece hoy esta sentida prueba de nuestra filantropía, porque difícilmente se hallará en muchas partes otro que pueda llamarse con tanta razon víctima de la suerte, ni que con mas resignacion soporte su desgracia. Cuatro meses del mas duro cautiverio entre las hordas del Riff han minado su robusta constitucion hasta el punto de no poder dar un paso sin el apoyo de muletas, dejándose ver en su rostro las huellas de su intenso padecer. La narracion que nos ha hecho de su naufragio tiene en sí tal interés que, sin adornos ni galas retóricas (lo cual fuera muy difícil á nuestra humilde pluma), vamos á procurar reproducirla, si quier no sea otro nuestro objeto que el de dar á conocer á la sociedad civilizada lo que puede prometerse del fanatismo, barbarie y mala fé con que se distinguen esas miserables tribus que habitan el temido litoral rifeño. Oigamos á Vidal.

«El día 14 de marzo de 1856 salí del puerto de Málaga con rumbo á Melilla en el falucho correo *San Joaquín*, de que era patron, anclando en la rada de aquella posesion española en la tarde del 17, despues de una feliz aunque perezosa travesía. Eché en tierra la correspondencia y parte del cargamento que llevaba, y con el restante me puse en vela para las islas Chafarinas el siguiente 18, llegando á ellas en la noche del mismo día, y quedando listo para volver á Melilla el 19; pero el cariz era malo y aplacé mi salida hasta la mañana del 20. Serían las seis de la tarde cuando regresé á Melilla, y aun no habia concluido de asegurar la embarcacion recibí orden del Sr. Coronel D. Manuel Buceta, Gobernador de la plaza (que se hallaba ya embarcado con media compania del batallon de disciplina en el laud *Virgen del Rosario*), para que tomase á mi bordo otra media compania de dicho batallon y me pusiese inmediatamente en marcha

con direccion al Peñon de Velez. Parece que se encontraba este punto hacia tiempo tenazmente hostilizado por las kabilas de sus cercanías, y aunque trataban estas de colocar en las montañas que lo dominan algunos cañones, lo cual, de ser cierto, segun se aseguraba, pudiera ocasionar desgracias de cuantía á sus moradores; seguí, pues, las aguas de la *Virgen del Rosario*, y al tercer día de navegacion tomamos entrada en el Peñon de Velez, donde tuve el sentimiento de saber que hacia cinco días (en la noche del 18) habian sido asesinados por los moros mi cuñado D. Ramon Alvarez, intérprete del idioma árabe en aquella plaza, y mi primo hermano José Anzar. Tres días permanecimos en este presidio, y despues de haber tenido una pequeña escaramuza con los rifeños en su continente, de que resultaron un muerto y tres disciplinarios de gravedad, visto que la noticia de los cañones era falsa, y no teniendo ya por consiguiente objeto la expedicion, resolvió el Sr. Coronel que nos volviésemos á Melilla. Reembarcóse, pues, la tropa entre el nutrido tiroteo con que nos despedían los marroquies, contestado sin interrupcion por las aspilleras y baterías de la plaza, lo cual evitó, sin duda, el que hubiéramos tenido mas desgracias. Tocamos el 26 en Alhucemas, y á las diez de su noche seguimos nuestro viaje, que concluyó á las diez de la mañana del día siguiente en que arribamos con buen tiempo á Melilla.

Trascurrieron el 28 y el 29 sin novedad, aunque ya el tiempo no queria ser bueno. Amaneció el 30 chubascoso y de mal cariz: la mar iba picándose al S. E., y conociendo el peligro que corria mi buque si aquel arreciaba, por no tener abrigo aquella bahía contra los vientos de Levante, me presenté al Sr. Gobernador pidiéndole que me alistase para hacerme á la mar antes que el estado de ella me lo impidiese. Ignoro las razones en que se fundaria aquella Autoridad para negarme la salida. Cualesquiera que fuesen, mi deber era acatarlas, y así lo hice, instalándome á bordo como único recurso para velar mas de cerca por la seguridad del falucho. En todo aquel día y la noche que le siguió el temporal fué tomando mayores proporciones: el mar se hinchaba por momentos; el viento silbaba con furor; el buque habia ido perdiendo una tras otra casi todas sus amarras, y no quedándome otra esperanza de salvacion que la de poder bararlo en la *playa de la marina*, mandé levar el único ancla que lo sostenia, y procuré ganar á fuerza de remos este refugio, llevando la lancha con cinco marineros, entre los que se hallaba mi hermano Rafael por la proa. Nuestros afanes iban obteniendo buen éxito; los primeros albos del día venian á enseñarnos el derrotero, cuando desencadenándose de improviso el huracan, que hacia tiempo era el señor del espacio, nos envolvió entre sus poderosas olas llevando el barco de través hacia las playas enemigas. Todavía mi lancha hacia desesperados esfuerzos por detener al buque; pero nuestra perdicion era ya inevitable. Una gigante ola rompió bajo su quilla, la puso de pié y volcó instantáneamente. Mis ojos, fijos en el lugar de la catástrofe, vieron luchar por un momento aquellos cinco infelices con las encrespadas olas.... despues solo vi dos; dos marineros que mas diestros ó mas afortunados lograron ganar la orilla del campo rifeño á fuerza de brazos.... Mi hermano, el Contra-maestre y el muchacho de la cámara habian perecido.... ¡Pobre hermano mio!.... ¡Pobres compañeros!....

Abrumado por la pena y el horror de mi situacion quedé como petrificado sobre cubierta, cuando una fuerte sacudida me sacó de mi inaccion. Mi embarcacion habia encallado en la playa rifeña, frente á la casa que llaman de la Marina. Los dos hombres de la tripulacion que quedaban á mi lado estaban tan unidos y tristes como yo. Tendí la vista á la orilla enemiga y la vi llena de moros, cuyo número engrosaba por momentos, atraído por la esperanza del botin. No podian, sin embargo, venir á bordo á causa de la mucha rompiente, y con su ademán hostil y amenazador nos daban á entender demasiado bien la clase de hospitalidad que nos preparaban. Conociendo que el único partido que me quedaba era el de no exacerbar la mala disposicion de sus ánimos, amarré á la punta de una beta de esparto una boya, y se la eché para que por ella se embarcasen. No tardaron en hacerlo, obligándome á bajar á la cámara para que les entregase el dinero que tenia; pero pareciéndoles este muy poco, y creyendo, sin duda, que yo les ocultaba algun tesoro, empezaron á darme golpes y á pincharme con las gu-



mías para que les declarase donde estaba. Iba creciendo por momentos la morisma invasora y repetíase la misma exigencia de dinero, siguiendo á mi negativa las amenazas, las injurias y los golpes. Cansados al fin de su inhumana tarea, que por otra parte les robaba un tiempo precioso para dedicarse al saqueo, y atraídos por el incesante golpear de las hachas, piedras y martillos con que algunos de los mas descontentadizos empezaban á desbaratar el barco con objeto de utilizarse de su clavazon, jarcia, velamen y demás, me abandonaron, no sin haberme despojado antes de todas mis ropas, escepto la camisa y calzoncillos. Mis subordinados estaban ya en tierra y traté de reunirme á ellos; pero apenas había puesto mis piés sobre la arena cuando me vi rodeado de aquellos bárbaros, que, como tigres, disputándose una presa, se arrojaron sobre mí y con el deseo cada cual de llamarse mi amo, me tiraban con todas sus fuerzas y en opuestas direcciones de mis brazos y piernas haciéndome sufrir los dolores de un descuartizado. Llegó, por último uno que, asiéndome brutalmente del cuello, tanto me lo apretó que mi vista empezó á nublarse.... luego me creí juguete de un aquelarre.... y por último, fui dejando de percibir poco á poco la salvaje gritería con que se disputaban aquellos cafres mi cuerpo hasta que perdí enteramente el sentido.

Cuando abrí de nuevo mis ojos á la luz me encontré bajo un grosero cobertizo que comunicaba con un corralon, donde había algun ganado y una harapienda y repugnante mora que se entretenía en recoger el fiemo de las bestias con ambas manos, depositándolo en un pedazo de holla moruna que salía á vaciar á la puerta de la casa cada vez que se llenaba. Estaba tan embebida en su operacion que no reparó en mi hasta pasado un buen rato, si bien cuando me miró aparentó la mayor indiferencia y continuó su asquerosa tarea. Y como mi situacion no era la mas á propósito para trabar una escena mimica que, aunque hubiera sido sostenida por la maritornes rifeña, tal vez me hubiera sido infructuosa por la diferencia de nuestros idiomas, preferí guardar silencio, quedando á poco sumido entre los terribles pensamientos que me asaltaban. No sé cuánto tiempo permanecería luchando con mis tristes memorias que absorbían el dolor de mis padecimientos físicos, cuando la imperiosa voz del dueño de la casa me hizo volver en mi acuerdo. Era este un moro de unos 40 años, de fisonomía feroz y estatura colosal, como suelen serlo la generalidad de los moros melillanos. Traía en una mano la escopeta, inseparable compañera de aquellos guerreros, y al hombro un barril que yo tenía á bordo con lachas saladas, que por haberse mojado con el temporal estaban ya en putrefaccion. Cambió algunas palabras con su mujer, y en tanto que esta iba poniendo sobre las ascuas un puñado de lachas que sacaba con los dedos, apenas se calentaban para colocarlas en una cazuela de barro, el marido se me acercó y me dirigió algunas frases, que aunque no me fué posible comprender en su totalidad, colegí quería decirme con ellas me tranquilizase porque no se me haría daño. Llegóse á la cazuela, tomó cuatro ó cinco de aquellos peces corrompidos y me los trajo en un pedazo de pan de cebada para que almorzase, añadiendo, como complemento á mi desayuno, una poca de agua en el pedazo de holla moruna que había servido poco antes para recoger el fiemo. Dile á entender por señas que no tenía ganas, y volviéndome la espalda con gesto desdefioso se sentó en el suelo al lado de su consorte, y empezaron á devorar las lachas y el pan de cebada como si fuera el manjar mas exquisito. Tuve sed, y repugnándome beber en el tiesto inmundo que me habían destinado, me levanté y eché mano á otro un poco mas limpio, que era donde ellos bebían; pero levantándose bruscamente mi amo, me arrancó el jarro de las manos, dándome un empujon y señalándome el pedazo de holla moruna para que apagase mi sed; ¡sin duda les inspiraba yo asco!.... Volvíme, pues, á mi asiento, que no volví á dejar en los cuatro dias que permanecí en aquella casa, sino cuando forzado por la sed aprovechaba el descuido de mis señores para beber en el jarro prohibido, pues de seguro me hubiera dejado morir antes que llevar á mi boca el asqueroso pedazo de holla. Empezaba á despertarse mi apetito; pero era tal la repugnancia que me inspiraban las lachas y el pan de cebada, único alimento que por predileccion ó por necesidad tomaba aquella voraz pareja, que aunque intenté en dos ó en tres ocasiones comer alguna cosa, tenía que arro-

jar el bocado porque me daban náuseas; solo al tercer día, torturado por el hambre, me animé á comer un poco de trigo mal frito con que me brindaron.

Llegó el 4 de abril y serian sobre las tres de su mañana cuando me hicieron dejar mi lecho de tierra cinco moros, incluso el amo de la casa. Cambiaron mis ropas menores por un jaique viejo y mugriento y me sacaron de aquella cloaca, descalzo y casi desfallecido para conducirme sigilosamente á Frajana, poblacion que se ve desde Melilla y que vendrá á contar como unos 3,000 habitantes. Allí vinieron á visitarme dos soldados del batallon de disciplina que se habían fugado hacia pocos dias de la plaza, y trataron de consolarme con la esperanza de mi rescate. Dijéronme que el haberme sacado los moros de mi primera morada era porque no me creían seguro en ella, pues se había declarado la guerra entre las kabilas de *Frajana* y *Beniscar*, porque cada una de ellas creía tener derecho sobre mí. La primera los fundaba en que habiéndome arrojado el temporal á su territorio, y siendo ella solamente la aprehensora, no debía ceder á nadie lo que la suerte le había deparado; y los de la segunda alegaban que á ellos pertenecía la presa porque eran los que estaban de guardia el día de mi pérdida en los ataques que lindan con Melilla, y si hubieran los cristianos hecho alguna salida con objeto de rescatarme, se hubieran visto en notable apuro, porque el río del oro venia muy crecido y les tenía muy cortada la comunicacion con sus tierras, razon porque no pudieron tampoco ser los primeros en el saqueo del buque. De aquí emanó la cuestion, y como entre aquellas tribus guerreras la ley de la fuerza es la que decide, recurrieron á las armas, trabándose algunos tiroteos de poca entidad en que no resultó herido alguno, y despues de cinco dias de lucha se reconciliaron con la condicion de que había de partirse entre todos el producto de mi venta. Hasta tanto que esta tuviera lugar dispusieron los Jefes de las kabilas depositarme en casa de *Jamete Verde*, moro que habitaba en *Cabrerizas*, y que era entre ellos persona de respeto. Durante los cuatro dias de mi permanencia en *Frajana*, no pasó uno en que no viniesen á verme los disciplinarios, regalándome habas verdes, caracoles y cuanto los infelices podían recoger, prestándome todos los auxilios y consuelos que á sus pobres recursos é inteligencia eran permitidos.

Desde el 9 al 15 de abril permanecí en casa de *Jamete Verde*, donde el trato que recibí fué algo mas humano, si bien no pasó noche sin que despertara sobresaltado á los rabiños ladridos de la jauría que custodiaba el ganado, y tiroteo que se trababa entre mis cuatro guardianes y otros moros desconocidos, que con el afán de apoderarse de mí para venderme, bien á la plaza, ó bien á otros de sus correligionarios, procuraban sorprender á los dueños de la casa. Se vió, pues, *Jamete* en la necesidad de quejarse á los cabos de las dos tribus reconciliadas, quienes dispusieron depositarme en el cuartel de Santiago. Uno de estos dias salí con los hijos de *Jamete* á dar un paseo por los alrededores de mi habitacion, y me encontré á muy corta distancia de ella con un renegado llamado Antolin, que hacia muchos años se hallaba entre aquellos cafres, tan apegado á sus costumbres y género de vida que pudiera muy bien pasar por uno de los secuaces mas fieles del islamismo. Por su oficio de albañil estaba bastante acreditado en el campo, hasta el punto de tener ya concertada su boda con una jóven de aquel partido. Preguntéle si tenía familia en España y me contestó que sí, pero que no se acordaba de ella ni de su patria, siendo tan enemigo del nombre de cristiano como el mismo Mahoma; y como para demostrarme hasta dónde llegaba su odio á nuestra raza me señaló unas chumberas, tras las que dijo que había asesinado un día á dos infelices soldados, que habiendo quedado cortados en una accion se habían refugiado en ellas. Horrorizado ante tan criminal confesion me aparté de aquel malvado, sobre quien la Providencia tenía ya levantado su brazo vengador, pues muy pocos dias despues supe que lo había muerto un rifeño alevosamente. El traidor fué fusilado por la espalda.... ¡Pagó sus crímenes como merecía!....

(Se continuará.)

JOSÉ JUAN GRANCHE.

## LOS CAZADORES DE BISONTES.

### CAPITULO XVIII.

El chacú.

(Continuacion.)

La cacería fué aun mas interesante cuando toda la manada quedó fuera de combate. Entonces fué cuando los cazadores se arrojaron sobre las vicuñas que habían sobrevivido, y era muy curioso ver las desordenadas carreras de hombres y animales, al paso que era horrible oír los gritos de los cazadores y el silbido de las bolas que hacían remolinos en el aire antes de apresar á los animales.

Apenas hacia veinte minutos que los cuadrúpedos habían estado en el recinto, cuando quedó muerto el último. Tal fué el desenlace del famoso chacú. Muy pronto los cazadores se felicitaron unos á otros; el bullicio de todas estas alegres voces habían llegado al colmo de la escitacion mas frenética. Reunieron en un solo monton todas estas vicuñas palpitantes. Despues las desollaron y distribuyeron la caza entre todos los que habían tomado parte en el chacú.

Las pieles, como he dicho, estaban destinadas para pagar el diezmo á la Iglesia.

Se procedió despues á recoger y enrollar las cuerdas; los trapos fueron atados unos con otros; las estacas arrancadas y puestas en haces para que sirvieran todos estos arreos en la cacería del día siguiente en otra de las llanuras del Puna. Respecto á la carne se la colocó sobre los mulos y caballos, y terminado esto los cazadores se encaminaron hacia el campamento. Inútil es referirlos las liestas y regocijos á que se entregaron toda la tarde y parte de la noche los pobres indios, para quienes semejante caza no era una cosa diaria. ¡La orgía fué completa!

Esta excursion del chacú duró diez dias, y todo este tiempo permanecí con mis peruvianos á medio civilizar. El número de cabezas de vicuñas muertas fué de quinientas y tantas, sin comprender en ellas uno ó dos guanacos, varios ciervos de los Andes (*Cervus antissensis*) y una media docena de osos negros (*Ursus ornatus*).

No necesito decirlos que estos últimos animales no fueron muertos en la cacería del chacú; su muerte fué accidental; perecieron unos con los golpes de las bolas; otros de un balazo bien dirigido.

El chacú (1) entre los indios de los Andes corresponde al *Surround* (circunvalacion) de los Píeles-rojas de la América del Norte, cuando hacen la caza á los Bisontes. Solamente en este último caso no se emplean cuerdas ni vallas. Los caballos forman el círculo á fin de impedir la fuga á los bueyes salvajes.

El recinto llamado *pound* es tambien otro medio practicado por varias tribus indígenas del territorio de la bahía de Hudson; pero es solamente para la caza del reno ó renjifero del caribú (ciervo de la América del Norte), y no se emplean tampoco cuerdas ni vallas. La única cosa necesaria es una empalizada de ramas de árboles sólidamente entretegid; por eso es bastante difícil la construccion de un recinto de esta especie. No hay en el mundo mas animal que la vicuña que pueda capturarse de una manera tan sencilla por medio de esta cacería llena de ingéño, llamada, segun hemos dicho entre los peruanos, el *chacú*.

### CAPITULO XIX.

Caza de la ardilla de América.

El camino que seguíamos sobre la cuesta de los montes *Ozark*, era de los mas escabrosos; había á lo largo líneas de una inmensa profundidad, y como nuestra direccion nos obligaba á atravesar la mayor parte de estos abismos, nos veíamos á cada momento obligados á subir ó bajar algunas pendientes escarpadas. No había mas camino practicable que un sendero, apenas visible, semejante al que hacen los indios kansas, durante sus azarosas correrías contra los ganados de los colonos blancos. De tiempo en tiempo teníamos que abrirnos paso al través de las malezas, empleando hacha

(1) Esta cacería acorralando las reses no se ha peculiarizado solamente por largo tiempo en el Sur del Perú; ha sido usada en Europa como se colige de un libro alemán titulado *Derdianen*, la *Diana Leipzig* (1731), que contiene numerosos dibujos de los recintos hechos con estacas, cuerdas y lazos armados para cazar los ciervos.



á fin de desembarazar el paso obstruido por algun grueso tronco de árbol, obstáculo invencible para nuestro carro: todo esto detenía nuestra marcha.

Durante estas paradas, la mayor parte de nosotros se dispersaba por los bosques en busca de caza. El solo cuadrúpedo que allí se encontró, era la ardilla; no tardamos en cojer algunas para hacer excelentes empanadas.

Sea dicho de paso, que no hay carne mas á propósito para confeccionar este género de manjares.

La especie mas abundante, en medio de estos bosques, era la ardilla cenicienta (*sciurus cinereus*), una de las mas hermosas que existen en aquella época del año, gracias á la abundancia de semillas, nueces y frutas silvestres, estaban gordas como perdices. Este animalito está siempre bien alimentado y su carne es la mas succulenta. En el mercado de New-York, la ardilla cenicienta vale tres veces mas que la ardilla parda comun.

Al mismo tiempo que caminábamos, el naturalista nos referia, con relacion á este animal, una infinidad de rasgos característicos que para la mayor parte de nosotros tenían el mérito de la novedad. Nos dijo que en la América del Norte habia por lo menos veinte especies de ardillas viviendo únicamente sobre los árboles, y que si se añadían las ardillas que bajan al suelo (*sciurus tamias*) y las que podría decirse vuelan (*sciurus pteromys*) habria mas de cuarenta. Hay además, nos dijo, varias razas desconocidas que habitan en las regiones mas inexploradas del territorio occidental.

La ardilla mas conocida es la parda, que se halla en la mayor parte de los Estados-Unidos. Se asegura tambien que algunas otras especies, por ejemplo, la ardilla negra (*sciurus niger*) abandonan enteramente las comarcas invadidas por la ardilla parda; lo mismo que la rata almizclada indígena cede el puesto á la rata velicosa de Noruega.

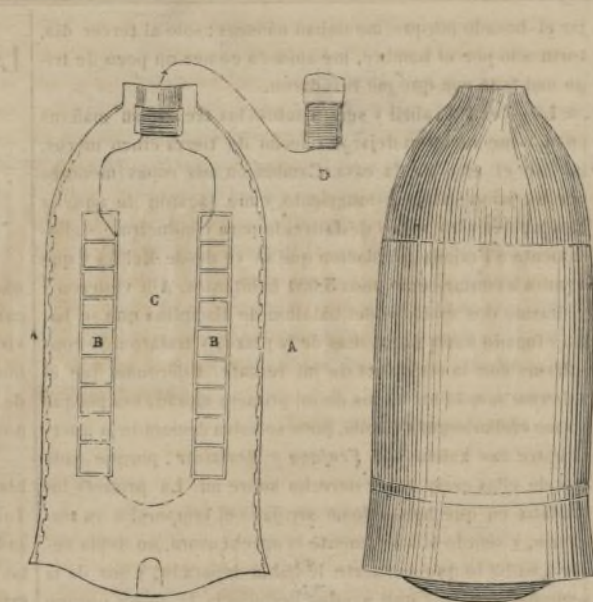
La verdadera ardilla-raposo (*sciurus vulpinus*) se diferencia esencialmente de la cenicienta, y sin embargo, en varios estados, se las confunde con la misma denominacion. La primera es mas gruesa, mas activa y se lanza de un solo salto hasta la cima de un pino piramidal, mientras que la otra, por el contrario, mas pesada en sus movimientos y mas tímida, sube raras veces mas allá de las primeras ramas, á menos de hallarse hostigada por la presencia de algun enemigo. Prefiere ocultarse detrás del tronco y dar vueltas á él á medida que el cazador se aproxima. Tiene, sin embargo, una manera de esquivarse, que le salva muchas veces la vida y deja enteramente burlado al cazador. A menos de que se vea tenazmente perseguida por un perro ú otro enemigo tan veloz, no trata de trepar á ningún árbol hasta llegar al en que tiene su nido, y entonces se introduce en su agujero. Allí puede con toda seguridad desafiar á los que la atacan, salvo el caso de ser alguna marta. Este animal es el solo que osa penetrar hasta en las profundidades de su oscura caverna.

Todas las demás especies de ardillas se refugian temporalmente en el primer árbol que se les presentan, y si sucede que este árbol no les ofrece alguna concavidad para defenderse, quedan desde entonces espuestas al plomo que el cazador les envia desde abajo casi á quema-ropa.

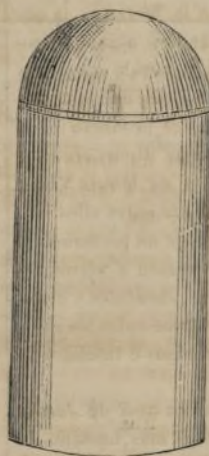
No se sigue de esto, sin embargo, que sea fácil matarlas. En los altos bosques, este animal trepa á menudo hasta las ramas mas elevadas, quedando allí con toda seguridad aunque no baya hojas para ocultarse ni hueco que le sirva de abrigo.

Se han visto excelentes cazadores disparar mas de veinte tiros á uno solo de estos animales, colocada en esta posicion sin poderle hacer caer ni aun herirle. Otros, que se preciaban de buenos tiradores, vuelven á su casa con las manos en los bolsillos, y sin embargo, la ardilla ha estado ante sus ojos cambiando continuamente de sitio, y apareciendo sin cesar en actitudes y posiciones diferentes.

La astucia del animal resalta con particular viveza



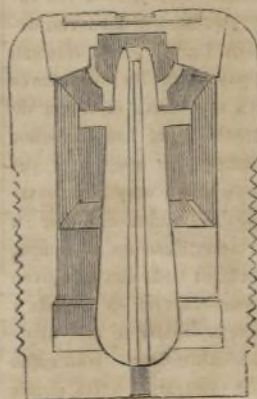
CORTE DE UN PROYECTIL HUECO.  
A Plomo para recortar.—B Segmentos de hierro.—C Pólvora.—D Espoleta.



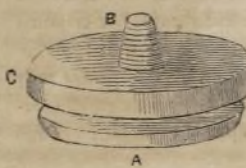
PROYECTIL SÓLIDO.



FRICTOR DEL TAMAÑO NATURAL.



CORTE DE LA ESPOLETA DE PERCUSIÓN.  
TAMAÑO NATURAL.



LUBRICADOR DE COBRE.  
A Cajon lleno de sebo.—B Madera.  
C Fieltro.



CARTUCHO CON SU LUBRICADOR.

Municiones para el cañon, sistema Arm-trong, de 100 libras.

en tales lances. Se estiende sobre la parte superior de una rama lo mas que le es posible, de suerte que aquella, que á menudo no es mas gruesa que su cuerpo, la cubre casi enteramente, sirviéndola de escudo contra toda especie de proyectiles. La cabeza aplastada contra la rama, y la cola estendida, no da ningún indicio de la presencia del animal.

Esta caza tiene sus atractivos. Es la mas comun en los Estados-Unidos, porque la ardilla es muy abundante y reemplaza en aquellas regiones á la caza de la perdiz ó de la becacina que se hace generalmente en Inglaterra. Segun mi modo de pensar, la caza de la ardilla es muy superior á estas dos últimas y no las cede en valor. Una buena ardilla bien gorda puede sazonzarse de varias maneras; muchas personas la prefieren á la mejor caza de pluma. Es verdad que se parece á la rata en su configuracion; pero este detalle choca solo á las personas que la conocen poco. Cuando uno ha permanecido en los bosques mas recónditos, y comido algunas veces la empanada ó pastel de ardillas, es seguro que desaparece semejante preocupacion. Se cansaria uno mas pronto del conejo que se sirve en las mesas de Europa, á causa de su semejanza con el gato, que á menudo está muyendo al lado de uno en el instante mismo en que se está comiendo el conejo.

En casi todos los Estados-Unidos, se puede, sin ir muy lejos, pasar fácilmente un día de caza á este animal. Se hallan en algunas vastas y frondosas comarcas á las que todavia no ha tocado el hacha, y donde las ardillas habitan con preferencia. En los Estados del Oeste nada hay mas fácil que procurarse esta distraccion sin alejarse 200 pasos de las casas; hay ciertas localidades en que se puede tirar desde las ventanas á las ardillas.

Para hacer una buena cacería, es necesario ser al menos dos cazadores. Cuando hay uno solo, el animal puede fácilmente escaparse dando vueltas al tronco del árbol, ó á una de sus ramas. Cuando hay dos, uno queda al acecho, mientras que el otro da vuelta y obliga á la caza á volver del otro lado. Se comprende que vale mucho mas ser varios cazadores, pues entonces se forma un círculo alrededor del árbol y la ardilla no puede hacer movimiento alguno sin ver un cañon de escopeta dispuesto á hacerle fuego.

Algunas personas se sirven para esta caza de armas de pequeño calibre; pero esto sucede entre gente inesperta. Un hábil cazador prefiere su escopeta, que en manos de quien sabe servirse de ella, es el arma mas segura. Cualquiera que sea su calibre, el plomo de escopeta mata al animal de un solo tiro, mientras que á menudo, hallándose gravemente herido con la mostacilla, conserva bastante fuerza para llegar al árbol donde está su guarida y logra esconderse en ella, este es el paraje donde ordinariamente vá á morir cuando se siente herido. Ningun animal, incluso el gato, tiene tanta vida. La ardilla herida de muerte, se agarra á las ramas hasta su último suspiro, y aun despues de haberle exhalado sus uñas quedan algunas veces incrustadas en la madera.

La altura desde que una ardilla salta á tierra, sin hacerse daño, es extraordinaria. Cuando vé que el árbol en que se ha refugiado, no le ofrece suficiente abrigo y que no hay otro bastante próximo para poder saltar á él, comprende que le es absolutamente necesario bajarse y buscar otro asilo en el bosque. Algunas especies de ardillas, tales como la cenicienta, no atreviéndose á saltar desde una altura tan espantosa, algunas veces de 100 piés, se dejan deslizar por el tronco, pero esto no entra en las costumbres de las ardillas mas ágiles, ni en la especie denominada parda ordinaria.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado, el Secretario, F. MEDINA-VEYTIA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.  
Editor responsable, D. Jacinto Rodríguez.

MADRID: 1862.—Imp. del ATLAS, á cargo de J. Rodríguez,  
calle de San Bernardino, núm. 7.